CUENTOS
DE LAS TIERRAS
DE LAS VOCES MUERTAS

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Gnomon es una colección de Ediciones Doce Calles
dedicada a textos literarios

EDICIONES DOCE CALLES
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 2234
www. docecalles.com
docecalles@docecalles.com

© del texto: Frans Gris
© de las ilustraciones: Frans Gris
© del prólogo: Gloria Díez
© de la presente edición: Ediciones Doce Calles

ISBN: 978-84-9744-502-3
Depósito legal: M-8090-2025

Impreso en España. *Printed in Spain*

Frans Gris

CUENTOS DE LAS TIERRAS DE LAS VOCES MUERTAS

Gnomon

ÍNDICE

Prólogo 11

Presentación 13

Nag mapu 15
- En el inicio, la tierra… 17
- Sueños 21
- En el espejo 31
- Raykütral 37
- NGuillatun 39
- A la sombra del viejo rewe 45
- Ñankura, aguilucho en la roca 51

De Cupnata (44º 38' S / 73º 44' O) al Sur 55
- La mujer 57
- Sangre en la pampa 63
- El festín 67
- Todo el cuerpo es cara 69

Karunkinka 73
- El alumbramiento 75
- Historia del zorro que perdió una garra 77
- Un par de orejas 79
- Hijas de la luna 83
- La Danza de las Maras 87
- Tras la manada 89
- Diez libras esterlinas 91

Glosario 97

A todos los que fueron acallados

Prólogo

Nuestro mundo parece debatirse, casi desde sus orígenes, en una larga lucha: lo seco emergiendo de lo húmedo, la luz, disipando la oscuridad. Múltiples pueblos han intuido que somos el campo de batalla de fuerzas contrapuestas. Los mapuches creían y así lo transmitían a sus hijos, que, en el origen, existieron dos grandes sierpes, una benéfica Treng-Treng Vilu y otra malvada Kai-Kai Vilu. Treng-Treng era una blanca serpiente de la tierra, Kai-Kai, la oscura dueña de las aguas. Y, según cuentan, hubo un largo combate. Cuando Kai-Kai fue derrotada, lanzó un coletazo furioso y la tierra se desgajó en cientos de pedazos. Así —dicen— nació Chiloé, (Chilwe) archipiélago al sur de Chile continental, el lugar que habitan las gaviotas pequeñas.

Quizá esa guerra exterior sea el reflejo de la que se desarrolla en nosotros mismos, quizá somos nuestros propios ángeles y nuestros airados demonios, seres siempre en riesgo de morir anegados en las aguas oscuras de nuestra mente: el espinoso problema del mal que, inevitablemente, nos habita.

Ese mal, planea sobre estas páginas que vas a abrir, lector, pero es un mal que aparece tratado con una extraña y a veces arcaica belleza.

Nuestro mundo, mortales como somos, es una gran coro de voces muertas. Voces que se transmiten desde los que nos preceden a los que nos siguen. En algunos grupos humanos, la cadena se interrumpe de forma abrupta y no hay oídos que recojan, ni lenguas que repitan.

Como una gran Kai-Kai, viniendo de las aguas, llegó a Chile otra cultura que, a la larga, acabó con la de los que habitaban, desde sus orígenes, las tierras que ellos creían "descubrir". Como si lo anterior no importara. Poniendo a cero el reloj de la Historia.

¿Qué se le puede ofrecer a un muerto? La respuesta es simple: memoria.

Eso ha hecho Frans Gris, poner a cantar, poner a contar de nuevo a los viejos imaginarios de los pueblos que un día vivieron en las tierras de Chile. Y lo ha hecho con una fuerza que parece superar su propia voz. Como si hubiera prestado oídos a un viento antiguo y en su escritura, repitiera los viejos nombres para traerlos de nuevo, en un acto de invocación o de magia, a estos lugares que aún cruzan los gritos de las gaviotas.

Así, dice Gris, paga una deuda. Que su voz sea reconocida como un eco por las voces de las grandes naciones, mapuches, yámanas, onas, que un día habitaron este Fin del Mundo.

Gloria Díez

PRESENTACIÓN

En el crepúsculo de mi vida, voy por los viejos caminos que me conducen a mis bosques, hasta las aguas, a los vientos, a los espacios y tiempos que solo existen en mi memoria.

Dentro de mí, vuelvo a ser el niño sentado de cara al fuego, frente al fogón que ilumina la entrada a la antigua cultura, esa que fui conociendo de la boca de una sabia mujer nacida entre las nieves y los pewen de las montañas del Mapu.

Me reconozco en el vuelo de las grandes aves, en el brillante relámpago de un pez al atardecer, o en el alegre grillar, bajo las hojas, en el borde de la selva. Me veo en las duras epidermis de las gigantescas araucarias y en el fuego frío de las luciérnagas.

Más al sur, en la temible región donde la tierra se disgrega en mil islas y en profundos fiordos, navego en una dalka de cortezas cosidas, al oriente del lugar habitado por gaviotas, que en lengua vernácula es llamado Chilwe. Por esos rumbos, descubro el viento y las aguas primigenias, nacidas de las algas monstruosas y bajo las olas agresivas, los bancos de choros o de esas generosas ostras y el estallar luminoso de los róbalos. Las púas de los erizos, no son más que las lágrimas de las etnias desaparecidas en los primeros años de la colonización. Shono, kaweshkar, alakaluf, yámana, hijos de las nieves y vientos, hermanos de las enormes mareas que, entrando por los fiordos y lamiendo las islas en los canales laberínticos, a la sombra de los hielos, definieron la tremenda geogente que habitó al sur del Fin del Mundo.

Más allá, al Sur del sur, las praderas de la Patagonia, y más aún, pasado el Estrecho, la Terra Australis, Tierra de los Fuegos, Karunkinka, habitada hoy solo por los fantasmas de los aonikenk, las vagamundas almas de los cazadores selk' nam, los espectros de los haush, onas del sur, o los canoeros desaparecidos, disfrazados de europeos por obra y gracia de dioses impuestos y costumbres ajenas.

Bajo la Cruz del Sur, y de cara al viento, que arrastra gemidos y cabellos muertos, levanto la vista para dirigir mi mente hacia la cadena universal, de la que somos cada uno de nosotros eslabones.

Y reconozco en mí, la Imagen de los Padres.

Estos textos, que hoy presento, no pretenden ser testimonios históricos o antropológicos de las culturas mapuche, de la canoera, y mucho menos de las desaparecidas gentes habitantes de Tierra del Fuego. Nada más lejano de la intención inicial que me llevara a escribirlos. Son solo un minúsculo homenaje a estas mujeres, hombres, niños y ancianos que conformaron las naciones fundacionales de nuestro Sur. Desconocidos héroes, en muchos casos asesinados por la mal llamada civilización y por las penurias a las que se les sometió. Habitantes de su propio paraíso, no estaban preparados para soportar las miserias que traían las nuevas creencias, mal entendidas y peor impuestas por los misioneros y las autoridades políticas.

No debo nombrar, por respeto a sus enseñanzas, a ninguno de los que me entregaron sus conocimientos, por ellos llegué a amar profundamente a esta tierra y a los pueblos que la habitaron. Doy las gracias a todas mis Maestras y Maestros, por abrir mis ojos al Saber.

Por último, debo dar las Gracias a los Dioses que me han permitido nacer y vivir en esta Tierra y les pido me sea permitido volver a ser parte de ella tras mi partida.

Frans Gris
Villa Los Troncos, La Cisterna
Santiago de Chile

NAG MAPU

EN EL INICIO, LA TIERRA…

En el Inicio, la Tierra vivía en completa armonía, en equilibrio, con todos los seres que la habitaban. Y toda la tierra era una sola… La Naturaleza y los Pillan cuidaban de esta tranquila y perfecta equidad…—Así hablaba Antürayen, a sus nietos, que, en torno al fogón, escuchaban atentamente a su chachai, mientras la voz de la anciana era enmarcada por el golpear de la lluvia, sobre la paja que cubre la humosa ruka, en el borde de la playa.— Por esos tiempos aún no existía esta isla de Chilwe…todo era una sola tierra… (Una larga chupada a la bombilla…un trocito de queso y algo de tortilla ayudan a recordar…) pues Pillan Treng-Treng Vilu, velaba por la tranquila vida de sus hijos.

Treng-Treng Vilu, como dice su nombre era una serpiente de tierra, muy blanca, que cuidaba las tierras y a sus habitantes. Por las noches, al calor del fogón, Treng-Treng hablaba a los hombres y los preparaba para tiempos malos que, algún día, tendrían que llegar.

En un futuro, decía Treng-Treng, la oscura sierpe de las aguas despertará y tratará de destruir a los habitantes de la tierra y a sus sembradíos y ruka. Insistía la gran Serpiente Blanca que todos los mapuche debían estar preparados para cuando esto sucediera. Y para eso los conminaba a ser cuidadores de la Naturaleza, a respetar el equilibrio de los dones que la Madre Creadora les concedía.

Pero la humanidad no entendía lo que Treng-Treng decía… y los hombres volteaban los grandes árboles y cazaban a los pudü y a

los wemul…perseguían a las grandes aves corredoras de la pampa y al l.uan de las cordilleras, solo para sentirse ricos y poderosos. Encendían grandes fuegos para arrasar los bosques y así poder sembrar más de lo que podrían comer… y no compartían sus ganados ni sus cosechas con las viudas, ni los enfermos, ni los niños huérfanos… ¡pobres kulme, cómo sufrían hambre!

(El fuego se comenzaba a cubrir de una ceniza blanca y roja… un pulchen como sangriento… un par de palos de hualle y alegremente se animó el fogón y Antürayen, luego de las chupetadas obligatorias a su mate, prosiguió con la clase. El humo subía en espiras muy azules, contento de escapar al frío, que bramaba con la voz del viento sobre las copas de los árboles…y se deslizaba flotando hacia el agujero en la parte alta del techo de la ruka.)

Los hombres y mujeres del Mapu no cuidaban su Patrimonio que era la Madre Tierra, y el Anciano que habita el cielo, cada día se molestaba más y más… —sigue su relato la abuela— hasta que un día llamó a Kai-Kai Vilu, la enorme Serpiente Negra que vive en las profundidades del mar, y es la dueña de todas las aguas de fluyen por la tierra.

—¿Es muy grande esta culebra chuchu? ¡Debe ser refea! Huyyyyyyyyy qué terrible la culebra, kufepapai.

Pues a Kai-Kai no le gustó que la despertaran de su sueño allá abajo, y furiosa batió su larga y escamada cola. Golpeó las aguas y las hizo subir por las playas y por los cauces de los ríos… (El fuego, que languidece, matiza de cobre el rostro oscuro de Antürayen y le presta un tono de profundo misterio a su voz, que queda temblando entre los horcones de la ruka). Las aguas se agitaron y se elevaron y Kai-Kai Vilu, la sierpe negra de la mar, trató de tragarse a los hombres…y a los animales…

(Los niños cabecean sentados en sus banquitos de madera labrada a hacha, mientras la abuela, ceremoniosamente, saca un papel delgadísimo de una bolsita, toma una pulgarada de tabaco de la misma bolsa y solo con dos de sus dedos, largos y nudosos, y con un par de simples movimientos lía un tosco cigarrillo que luego lame para pegarlo. Cuando termine de fumarlo, desarmará

DE CUPNATA

(44º 38' S / 73º 44' O)

AL SUR

La mujer

La dalka, bote o canoa de tablas rasgadas, a lo largo de algún ciprés o alerce, cosidas entre sí con tiras de cuero de lobo marino, navega de popa al viento.

Estas navecillas, calafateados con estopa tomada de la corteza de los gigantes de la selva, los grandes alerces, son características de los archipiélagos. Ellas son, en todos los casos, la única posesión de la Familia, su hogar y su medio de transporte.

A popa, sentada en sus talones, prácticamente desnuda, a grandes tirones, rema la mujer. Entre sus piernas, protegido por la piel que cubre la región púbica de su madre, duerme el hijo nacido, hace, apenas, algunas semanas.

Los otros dos niños y los perros, que son parte importante en este grupo humano, se mantienen en la parte central de la embarcación, cuidando del fuego, de las redes y de las pocas y precarias pertenencias de la Familia.

El padre, a proa, es la imagen, patética y absoluta, del desamparo. Él es el único personaje de esta historia que, al parecer, no tiene un destino definido o definitivo. En el bote es mera figura decorativa, poco más que un mascarón de proa, retostado y salino, avizorando el limitado horizonte. Intenta desentrañar la tragedia de las rompientes, que bulle más allá del borde de las aguas en agitación constante.

Para los siglos de marear, de navegaciones, de rutas y singladuras guardados en la memoria de la raza, los enigmas de los arrecifes, de los vientos de travesía o los secretos de los temporales escapados de los hielos, no son más que incidentes de vida o muerte, que según sea su resultado, será un relato de fogón o, simplemente, restos flotando entre el mar y la playa.

La Familia para procurar su sustento, navega de un atracadero a otro, van de un banco de choros a uno de tacas, luego viajarán, montados en las olas, al lugar secreto donde se crían los locos, para que un día, al parecer cualquiera y obedeciendo a una orden grabada en sus genes, zarpan para reunirse con otras familias, en el Lugar de los Erizos Verdes. Allí compartirán noticias, recordarán a los muertos e intercambiarán jóvenes de ambos sexos y después, ya formadas las nuevas familias, las dalkas se dispersarán por las aguas de los canales y las costas de las islas.

La mujer pesca a mano, recolecta moluscos y cangrejos en las playas, bucea en busca de los apetitosos locos y centollas de largas patas espinosas. La mujer arrastra hasta las arenas las longitudes pardas del cochayuyo o kolloi, alga enorme y nutricia, que sólo se conoce en las costas del Pacífico austral. La mujer complementa esta dieta, suculentamente submarina, con papas y cebollas, conseguidas a trueque con los lugareños de tierra, o más bien, de isla adentro. Alguna vez, como algo absolutamente desusado y fuera de toda posibilidad, lograrán cazar algún lobo marino o varará un cetáceo que les permitirá el gran hartazgo, lo que les resarcirá de años de esa hambre crónica que les corroe desde siempre.

Todo el mundo de la Familia es el mar. Son marítimos más que marinos. Mareros más que marineros.

Allí, entre las islas, donde la lluvia es eterna, poco o nada sirve la ropa de lana o las pieles para protegerse de los fríos y de las aguas. La mujer sólo viste un pequeño delantal de cuero de lobo, lo ha llevado desde la pubertad, y cuando pisa tierra cubre sus hombros una pequeña capa, que baja hasta sus riñones, fabricada rústicamente en